

Sintonia 

Temporalillo

El mar ha mostrado su primer enojo de la temporada. Su mansedumbre de hace poco se ha convertido, por unos días, en una altanería algún tanto ridícula. —Aún soy el amo—, parecía exclamar con su alterado oleaje. Y las barquitas, asustadas, se apartaron de su alcance.

También con esta decisión tan insólita desaparecieron los últimos concurrentes a la playa que todavía persistían en sus baños de mar. Las embarcaciones excursionistas dieron por terminados sus viajes de recreo estivales, perdiendo, con ello, un atractivo destinado a la baranda de nuestro Paseo del Mar.

Sin embargo, esta fugaz violencia del mar no podía ser otra cosa que una jugarreta inofensiva para esta vez. Bien lo sabían los bravos pescadores que estuvieron contemplando las movidas olas en lontananza, igual a como han venido contemplándolas siempre: con la paciencia de quien sabe aguardar la hora de la mansedumbre.

Incluso «Paquita» —bello nombre para una barca pesquera— incluso Paquita que en todo este verano se prestó a custodiar la ropa de muchos bañistas, ha empezado a prepararse, precisamente ahora con sus atavíos invernales de pesca, para volver a congraciarse con su amigo el mar, del que había estado separada circunstancialmente.

Este temporalillo que hemos presenciado, más que un desagradable contratiempo, podemos imaginárnoslo como un espectáculo gracioso e infantil de este mar latino que tanto beneficio y placer prodiga a nuestros pescadores, a sus aficionados y demás concurrentes.

Amicor

SAN FELIU DE GUIXOLS 17 DE OCTUBRE 1957 - NÚM. 503 - AÑO X

HEROES IGNORADOS



Cuando los hombres de ciencia auguran la realización de un nuevo ingenio a plazo fijo dentro del campo de sus especulaciones, puede asegurarse que con muy pocas probabilidades de error será un hecho tangible su predicción en la fecha señalada.

Sus anuncios llevan en sí la firmeza de unos fundamentos años ha comprobados. No se aventuran a hacer afirmaciones sin la plena convicción de su certeza.

Pero cuando la obra de un científico culmina en un hecho trascendente, de resonancia mundial, lo que hace casi siempre es dar cima a una empresa iniciada desde muchos años por otros abnegados investigadores, pioneros de su especialidad, y cuyos nombres han quedado ignorados por el gran público. Seres que consumieron su vida en aras de un ideal especulativo, sin preocuparse de que su sacrificio quedase en el anonimato.

La misión a que se entregaron no precisaba de la popularidad y el exhibicionismo. Al contrario, requería soledad y recato, silencio de laboratorio y ausencia de apremios. Su labor no conjugaba con el boato y la ostentación, y si algún día llegan a ver reconocido su sacrificio, siempre es a largo plazo, después de un largo periodo, o de toda una vida de trabajo intenso y continuado.

A esos hombres nacidos con tales dotes de tenacidad y talento no les es necesario el estímulo exterior, proveniente de los demás. Les basta, y es su única fuente de energía, la fe en el alto fin perseguido. El hombre de ciencia, el sabio de verdad lleva en sí mismo el premio de su labor, que

no es otro que el convencimiento de que su sacrificio, por duro que sea no ha de ser estéril.

Y así es en verdad. Gracias a la paciente aportación de esos innumerables peones anónimos entregados al servicio de la ciencia son posibles los grandes descubrimientos que dan fama brillante a unos pocos.

Para que haya sido posible la aparición de un Edison y un Marconi, por ejemplo fué necesario que antes, mucho antes, un hombre hoy casi ignorado descubriera la misteriosa fuerza atractiva de unos cuerpos y sobre ella se establecieran los principios que han dado lugar a los grandes inventos eléctricos. Y si no hubiera existido un Pasteur y la pléyade de sus seguidores en el estudio de la vacunoterapia, es bien seguro que a estas horas no disfrutáramos de los beneficios legados a la humanidad por un Fleming.

Todos esos hombres, bajo su aspecto, vienen a ser como los «soldados desconocidos» de la incesante guerra que contra la enfermedad y el error tiene librada el hombre desde su remota existencia sobre la tierra. Son los graníticos sillares sobre cuya sólida base descansa el progreso y el bienestar de la humanidad.

De ahí que cada vez que aparece en el firmamento del saber el resplandor de un nuevo genio, o que alguien nos sorprende con la fabricación de un ingenio maravilloso, como ocurre a menudo actualmente, es justo que rindamos un recuerdo de gratitud a todos cuantos han contribuido a través de los siglos a que sea posible su realización.

El clamor de la fama absorbida por unos pocos elegidos no debe ahogar el rumor de colmena de los muchos que con su labor conjunta y silenciosa la han ido forjando a través del tiempo.